

de los hombres para comprender lo pasado, y no sólo la historia, sino las literaturas de pueblos remotos ó distantes han sido mejor comprendidas. A esta excelencia de nuestra crítica contribuyen, con la mayor erudicion y con la mayor perspicacia de que ya hemos hablado, sistemas filosóficos más comprensivos que los antiguos, y más que nada, el principio existente en todos ellos de considerar el conjunto de los hombres, no ya como idea general y abstracta, sino como un sér indiviso, del que formamos parte, interesándonos por la vida del todo, como por una vida superior en que vivimos. Así es que la palabra *humanidad*, que indicaba antes ó la condicion de ser hombre ó la virtud de ser humano, no sólo significa hoy una calidad, sino que en sentido más alto y más generalmente usado, significa una entidad; la entidad viva del conjunto de nuestra raza. Convenimos en que esta idea puede conducirnos, á poco que se exagere, á hacer de la humanidad una apoteósis panteística; pero encerrada dentro de sus justos límites, aviva la filantropía y despierta nuestro interés por todos los hechos de los hombres y por todas las manifestaciones de su espíritu.

A estas razones, que movieron á coleccionar y á publicar en casi todos los países, los cuentos vulgares, como los de Alemania, por los hermanos Grimm, los polacos, por Woysieki, los de los montañeses de Escocia, por Gran Stewart, los del Sur de Irlanda, por Crofton Croke, por Souvestre los bretones, y así otros muchos, vienen á unirse, cooperando al estudio de la poesía popular de cada pueblo, el patriotismo que se

despertó por las guerras invasoras de Napoleon I; y el deseo que muestran desde entonces todas las naciones de hacer patentes los títulos de su independencia y de reivindicar lo que ahora se llama su *autonomia*; deseo justo y útil, si, con la pintura de pasadas glorias, no excitase á muchos á querer remontar la corriente de los siglos y á retroceder á la barbarie, soñando en renovarlas; si, por querer guardar y hacer constar las diferencias que á las naciones separan, no los llevase á romper ó desatar los lazos que las unen, y si, por afirmar la variedad, no propendiese, en ocasiones, á negar la unidad en que la variedad se resuelve.

De todas las causas que he apuntado se originan el empeño y el estudio puestos en recoger piadosamente los cantos populares y en coleccionarlos. Du Méril y Follen lo han hecho con los latinos, con los servios Talvj, y Marcellus y Fauriel con los griegos. El vizconde Hersart de la Villemarqué ha recopilado y estudiado las leyendas bretonas; Simrock ha traducido en el alemán de ahora los *Nibelungen* y algunos cantos de los *minnesinger*; los finlandeses han resucitado y reconstruido con fragmentos dispersos su grande epopeya del Kalevala: Aguiló y Milá y Fontanals han hecho sendas colecciones de romances catalanes, y Garrett ha restaurado y publicado los portugueses.

Citar aquí el inmenso cúmulo de obras, de colecciones, de comentarios, de disertaciones críticas, que de poesía popular y sobre poesía popular se han escrito y publicado, sería prolijo por demás y ageno á mi propósito. Baste decir y saber, que para gloria de España, no hay

en nación alguna cantos populares que, ni en calidad ni en abundancia, puedan rayar tan alto, ni siquiera competir con nuestro romancero, en cuyo estudio, formación y divulgación, tanta y tan merecida fama han adquirido algunos ilustres individuos de esta Real Academia, y singularmente el Sr. Duran, cuya nombradía y reputación se extienden y crecen en la docta Alemania, donde es apellidado por Wolf y por otros críticos el más eminente de los nuestros.

Lo que yo quiero advertir no es sino el error vulgar que de este estudio y afición á los cantos populares ha nacido, poniendo muchas personas entre ellos y la poesía erudita cierta enemistad y antagonismo, y despreciando á esta para ensalzar más á aquellos. Muchas personas han acabado por preferir los aullos poéticos de los caribes á las odas de Horacio; los himnos latino-bárbaros de la edad media, á la *Cristiada de Vida*; y una *cancion de gesta á la Eneida* ó á la *Jerusalén*.

Nace esto, á mi ver, de la equivocada inteligencia de la poesía popular y del incompleto conocimiento de su historia. El carácter esencialísimo que distingue á la poesía del pueblo es el ser impersonal, mas no porque no sea obra de un poeta, cuyo nombre se sabe á veces, sino porque en las épocas de espontaneidad el poeta no se pone en sus obras. En las épocas de espontaneidad el poeta no vuelve sobre sí mismo, no reflexiona, no le deja tiempo para reflexionar el espectáculo de los casos humanos y de la naturaleza inexplicada y misteriosa que le rodea, sobre la cual se difunde su espíritu en

vez de reconcentrarse y abismarse en su propio centro: por donde los poetas de aquellas edades no son *sujetivos*, como se nombran y son muchos de ahora; antes borran por completo de sus obras toda su personalidad.

De Aquiles de Peleo canta, Diosa.

dice Homero. Ni siquiera es él, sino la diosa la que canta. Pero que sean ó no personajes reales ó fabulosos los autores de los poemas homéricos, ó de los himnos del Rig-Veda, importa poco á nuestro propósito. Aquellas poesías son populares porque llevan en sí todo el pensamiento y todo el corazón de los pueblos.

Esto no prueba, sin embargo, que las grandes y primitivas poesías populares sean obra del vulgo, tengan un origen plebeyo; antes suelen ser creaciones de una aristocracia sacerdotal, ó guerrera, ó ambas cosas á la vez, la cual comunica al pueblo algo de su ciencia por medio de símbolos y de figuras. Y tanto es así, que el poeta llega á veces á divulgarla de un modo imprudente, y pone en conocimiento de los profanos, con transparencia sobrada, ora el oculto saber de los bramines, ora los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eléusis, concitando en contra suya la cólera de la divinidad y la venganza de los hombres. De aquí el desastrado fin de Orfeo, la persecución padecida por algunos profetas de Israel, y hasta, en épocas posteriores, la muerte milagrosa de Esquilo por el águila de Júpiter.

En los pueblos de una civilización más autóctona, menos derivada que la nuestra, procedente de otra, sin que entre ambas haya habido tinieblas, sino des-

mayo y parcial eclipse, apenas si cabe distincion entre la poesia popular y la culta ó erudita; pero en nuestras naciones de la moderna Europa sucede lo contrario. Si bien la poesia erudita, con el recuerdo de la antigua civilizacion, ha empezado por iniciar á los pueblos en la aurora de la nueva, y los ha iniciado á menudo por medio de la lengua que moria y no de la lengua que nacia, los poetas se han dividido despues en las dos diversas clases de eruditos y de populares; pero esto es un mal y no un bien; una pobreza y no una riqueza; esto denota mengua, ó en el pueblo, que ha menester que le digan sólo cosas antiguas, rastreras y en estilo humilde, para que las alcance; ó en el poeta que, para ser popular, tiene que hacerse anacrónico, ó doméstico y bajo, en el pensamiento y en la forma, retrocediendo á las edades bárbaras y trasformando la poesia en una antigualla ó en una mala *prosa*

.....en roman paladino,
En la fabla que el vulgo le fabla á su vecino.

La poesia no debiera ser más que una, siendo siempre popular la buena, y la mala no popular, ni merecedora del nombre de poesia.

En la moderna Europa los bárbaros hacen que decaiga la civilizacion latina y el cristianismo echa por tierra las religiones paganas, y los fragmentos derruidos de la civilizacion antigua y de las antiguas religiones pasan transformados á la poesia popular, que es, por este lado, un recuerdo, mientras que las bahañas, las

glorias y las virtudes de la naciente caballería, y el espíritu suave de la religion nueva, pasan tambien á la poesia popular, que por este otro lado es una esperanza. Y de esta esperanza y de este recuerdo nace lo maravilloso de la edad media; aquella rica y pasmosa mitología, aquellos ensueños, unas veces alegres y hermosos, otras tristes y feos, aquella mezcla singular de lo grotesco y de lo sublime, del ascetismo y del libertinaje, de la corrupcion y de la inocencia, de la candidez y del artificio.

En los siglos xi y xii es cuando principalmente se combinan y funden los restos de las antiguas civilizaciones con el embrión de la moderna. Entonces empieza á brotar la luz del caos. Entonces nos da la historia un periodo, tan fecundo en informes epopeyas, germen del saber futuro y de la venidera poesia, como en grandes revoluciones, trastornos sociales, renacimiento y muerte política de nacionalidades y de razas. En aquella edad, las paganas semi-civilizaciones, si se me permite esta expresion, que aún quedaban en Europa, se pierden en la civilizacion católica, y al desaparecer, nos legan, en memoria de su bárbara grandeza, monumentos, como el *Edda* poético y los *Sagas* escandinavos, que recopiló Soemund Sigfuson en la remota Islandia. Los pueblos, convertidos al cristianismo, transforman en hechiceras á sus sacerdotisas, á sus profetisas en brujas, á sus dioses en diablos, á su Walhalla en infierno. En aquella edad, si bajo el yugo de los normandos se abate la raza anglo-sajona, y pierde su brio la temprana cultura que produjera á un

Beda, á un Alcuino y á un Alfredo el Grande; la raza celta se diría que renace en cambio á nueva vida, y satisfecha de ver humillados á los anglos, sus vencedores y dominadores, hace revivir á Telesino, á Iseo, á Lanzarote, á Merlin y á Ginebra, evoca de la encantada isla de Avalon á su Mesías nacional, el rey Arturo, ilumina y dora con la luz de la religion cristiana á todos éstos fantasmas gentilicos, y da nacimiento al ciclo épico de los caballeros de la tabla redonda, y á los amores, aventuras, encantamientos y hazañas de los libros de caballería.

En aquella edad, los piratas noruegos recorren los mares, y llegan hasta la América del Norte; los aventureros de Normandía conquistan la Sicilia, las Calabrias y la Inglaterra; y el gran movimiento de las Cruzadas agita á todos los pueblos de Europa y los pone en íntimo contacto. Aunándolos para la santa empresa, les revela que forman todos ellos una sola república, y arrojándolos sobre Asia, infunde en su renaciente civilizacion extraños elementos orientales. Las supersticiones, las fábulas, la ciencia, las tradiciones, las ideas, y hasta los ensueños poéticos de tantos pueblos distintos; los silfos y los enanos de la mitología alemana, las hechiceras célticas, los pigmeos y los ciclopes de Homero, los gigantes de Hesiodo, los grifos y los arimases de Herodoto y los genios y las hadas de Oriente, se mezclan y se confunden. Virgilio y la *Leyenda áurea* inspiran simultáneamente al pueblo. Las tradiciones clásico-gentílicas aparecen ó se divulgan á par de las vidas de santos, y las historias de la guerra troyana y

de las conquistas de Alejandro el Macedon, al mismo tiempo que las de Cárlo Magno y sus doce Pares. Todo esto pasa de la lengua latina, en que se escribe por los letrados y para los letrados, á poemas eruditos en idioma vulgar, y por último, de estos poemas, á la memoria y á la poesía del vulgo (1).

De cuanto queda dicho se deduce que, no hubo ese despertar misterioso, ese carácter de originalidad nativa y ese no aprendido canto, como el de las aves cuando nace el alba, que algunas personas creen hallar en la edad media. Así como en un metal en fusion es fácil poner liga de otros metales, formando del todo una sustancia, si no homogénea, uniforme, así en la edad media, se formaron las civilizaciones nacientes, por amalgama de mil diversos elementos, y fuéron menos nacionales y propias de lo que pueden ser ahora: porque, si bien es cierto que entonces era menos frecuente que en el dia la comunicacion entre los pueblos, tambien lo que es esta comunicacion era más íntima y profunda. El espíritu de las naciones era entonces como blanda cera que cede á la menor presion, recibiendo el sello que se le impone, y hoy es como el acero más duro, que antes se rompe y salta que recibir otra forma de la que tiene.

(1) En nuestra manera de explicar el origen de la poesía popular de la edad media, creemos que convienen Milá y Fontanals, en su tratado *De la poesia popular* y en su obra más reciente *De los trovadores en España*; Gervinus en su *Geschichte der Deutschen Dichtung*; Ozanan, *Des sources poetiques de la Divine Comédie*, y otros muchos autores.

En balde tratan de disfrazar esta verdad los que, imbuidos en ciertas ideas políticas, y filosófico-religiosas, han concurrido á trazar en la imaginacion de las gentes, en ódio á la moderna filosofía, á las artes y á las literaturas gentílicas del renacimiento y á otras doctrinas más nuevas, un bello ideal político, artístico, poético y literario en la edad media, cuyo primitivo encanto encomian y levantan hasta los cielos. No comprenden los que así discurren que la civilizacion no nació en la edad media: lo que hizo fué divulgarse, engertarse en los nuevos idiomas y recordar lo olvidado. El pueblo no se movió á pensar ni á cantar, tanto por un impulso propio é instintivo, cuanto por el recuerdo y la noticia de la ciencia y de la civilizacion pasadas; recuerdo y noticia que fuéron los doctos despertando en él ó transmitiéndole pausadamente. Por esto Roscelin, S. Anselmo, S. Bernardo, Pedro Abelardo y otros muchos doctores profundos, angélicos, iluminados ó sutiles, conocedores de los Santos Padres y de los poetas y filósofos de la antigüedad clásica, y expresándose en un idioma sábio, se adelantaron, especialmente en las naciones neo-latinas, al siglo XIII y á todo poema escrito, si no por el pueblo, para el pueblo, en lengua vulgar y digno del nombre de poema. La prosa y la poesía cultas, y hasta la poesía por todo extremo artificiosa, se formaron tambien por reflexion y con estudio, antes de que el pueblo desanudara la lengua y rompiese en cantos que no fueran informes y bárbaros del todo. Y lo que en general digo de las naciones de Europa, puede tambien decirse de España. Entre nosotros no

hubo poesía popular, digna del nombre de poesía, hasta fines del siglo XV ó principios del XVI; á la poesía popular precedió entre nosotros la erudita, y á la perfeccion de la poesía, considerada en general, la perfeccion de la prosa. *Las Partidas*, *El Conde Lucanor*, *Las Crónicas* y la *Celestina*, valen diez veces más que todos los poemas y canciones anteriores al siglo XVI. Los romances ó no existen ó valen poco, antes de esta época.

En buen hora pretendan los Sres. Wolf, Duran y Pidal, ver en el poema del Cid un centon de romances primitivos: el poema del Cid parecerá siempre á los más de sus lectores un trabajo artificial y erudito, donde se nota el esfuerzo para expresarse en una lengua ruda y apenas formada, y donde se imita la versificación francesa de las *canciones de gesta*. Quizás la misma descomposicion que hacen aquellos sábios críticos para hallar romances en las series *monorimas*, la hicieron para escribir romances los que en un principio los escribieron, ya que no tomasen aquel metro y hasta el artificio del asonante, de los himnos latino-bárbaros, escritos los más en la medida del *Pervigilium Veneris*, de donde tal vez procede nuestro verso octosílabo.

Ello es que del origen de los romances se puede afirmar muy poco con certidumbre. Dicen que los había en el *Cancionero* del infante D. Juan Manuel, que se ha perdido; y Gayangos y Vedia citan, en la traduccion de Ticknor, el más antiguo que se conoce, pero es culto y no popular, tomado del *Cancio-*

nero de Lope de Stuñiga, obra del siglo xv (1).

Todo esto prueba, á mi ver, que la poesía popular cuando ha tenido en España su verdadera eflorescencia ha sido en los siglos xvi y xvii, y que la revolución literaria de Boscan y Garcilasso y el influjo de la literatura italiana en la española no han ahogado la originalidad de esta. La originalidad vino cuando el pueblo tuvo plena conciencia de sí, y se manifestó en el romancero y en el teatro. Nuestra literatura de la edad media se puede demostrar que es menos original y hasta menos católica que la posterior al renacimiento. Sólo se fundan en sueños vanos los que se lamentan de una fantástica originalidad perdida. Tan artificial fué Castillejo como Boscan, y menos castizos y más imitadores de la poesía extranjera fuéron los autores de los *Cancioneros* que Garcilasso, Herrera y Rioja.

Las preocupaciones de historia literaria, que acabo de combatir, tienen grande influencia en el día, señalando una senda errada á la literatura de la edad presente y extraviando asimismo la crítica literaria.

La idea de que la poesía popular es superior á toda poesía y de que á la espontaneidad se lo debe, ha hecho que muchos poetas vean en la erudición y en el estudio los mayores contrarios de la inspiración, y que hasta procuren ser ignorantes y se jacten de serlo, con tal de parecer espontáneos y originales, tomando á veces

(1) Véanse las obras citadas de Milá y Fontanals y la de Wolf *Studien zur Geschichte der Spanischen und Portugiesischen National literatur*.

por inaudito é imaginado por ellos lo que de los libros que no han querido leer ha pasado á la mente de todos, y de allí, por decirlo así, ha venido como á diluirse en el ambiente que se respira.

Otro de los errores ha sido el negar la importancia de la forma, teniendo por indigno del poeta inspirado este cuidadoso esmero, que tachan de académico y hasta de mecánico; «porque, los que así piensan, como dice Fray Luis de Leon, piensan que hablar en romance es hablar como habla el vulgo, y no conocen, que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio. Y negocio, que de las palabras, que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aún cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonía y dulzura».

Otro de los errores que se originan de la mala inteligencia de la poesía popular y de la afición desmedida á ella es el de no admitir, y repugnar como pedantescos, muchos vocablos elevados y peregrinos que son propios del dialecto poético; lo cual es absurdo, porque en todos los tiempos y países ha habido un lenguaje para la poesía, diferente del de la prosa. Si así no fuera, no sería ridículo decir en verso *el aceituno de la paz*, en vez de *la oliva de la paz*, ó *un señor de muchas campanillas* en vez de *un prócer*. Si así no fuera, no sería ridículo decir en prosa familiar *mi esposa* ó *mi consorte* en lugar de *mi mujer*; *mi consorte* ó *mi esposo* en lugar de *mi marido*: *me voy al lecho* ó *al tálamo* en vez de

me voy á la cama: riceme usted la cabellera en lugar de riceme usted el pelo (1).

Otro error es tambien el de querer ser muy español y muy castizo en el pensamiento. El pensamiento nunca es propio de ninguna casta; el pensamiento pertenece á la humanidad entera. En lo que sí se puede y se debe ser castizo es en cierta manera de sentir y en la forma. Toda civilizacion es el producto de muchas civilizaciones, *informado* de cierta manera. En el acerbo comun de toda civilizacion entran caudales de ideas propias y peregrinas, cuyo origen diverso es á menudo difícil de deslindar para poner en claro lo que es extranjero y lo que es propio y castizo. Acaso el que crea que piensa muy españolamente, esté pensando, sin saberlo, á la francesa, á la inglesa ó á la turca.

Es otro de los errores una timorata y singular ortodoxia que desecha de los poemas la mitología gentilica, como si, porque no tengamos por dioses á los habitantes del Olimpo, hubieran muerto y se hubieran borrado de la imaginacion humana aquellas divinas creaciones, aquellas figuras bellísimas, aquellas inté-

(1) Hay además otra razon en favor del dialecto poético. Cuando un poeta canta los héroes, arrebatado por el entusiasmo, sin estudio ni esfuerzo, emplea naturalmente palabras y frases peregrinas:

. . . . *Per audaces nova dilhyrambos*
Verba devolvit:

como dice Horacio, en alabanza de Píndaro.

ligencias secretas que animaban y movian el universo y que derramaban su vida y su encanto en el azul del cielo, en las sombras de la noche, en los mares, en las selvas, en las fuentes y en los rios, mientras que la naturaleza hablaba con los hombres sin levantarse el velo y les inspiraba ensueños celestiales. ¿No hay brujas, silfos, hadas, peris, gnomos, enanos y gigantes, en las modernas leyendas y en los modernos versos? Pues ¿por qué, cuando venga á propósito, no han de intervenir tambien en ellos, Vénus, Apolo y las Musas? ¿Por dicha, son las brujas más verosímiles que Júpiter? ¿Son más ortodoxas ó tienen más analogía con el cristianismo las hadas y las sílfides que las Gracias? Ni se comprende que en ningun adelanto se proceda por exclusion. Una civilizacion nueva no borra, ni destruye, sino absorbe y comprende los elementos y las ideas de las antiguas. Como ideas, y como ideas bellísimas, están, pues, aún los dioses del Olimpo en nuestra civilizacion, y viven, en nuestro mundo ideal, la vida de los inmortales. Ni Dante, ni Ariosto, ni Camoens, ni Calderon los arrojaron de él, y no me parece que debamos arrojarlos nosotros (1).

(1) Hablando de los poetas de la antigüedad, dice Leopardi,

à cui natura
Parlò senza svelarsi, onde i riposi
Magnanimi allegrar de Atene e Roma.

Este poeta, en su composicion *Alla primavera ó delle fa-*

Es otro error más trascendental aún, nacido del prurito de ser populares, el rebajarse á la comprension del vulgo más vulgo, y hasta muy por bajo; pues suelen los poetas hacer ofensa al vulgo, suponiéndole más ignorante y simple de lo que es, quizás para excusa de serlo ellos. Pero aunque el vulgo lo fuese, no deberian los poetas humillarse para agradarle. Escriban buena poesía, y si no son populares, la culpa no será suya sino del vulgo. Y si la escriben mala, aunque alcancen un favor efimero, no serán poetas populares, sino vulgo y copleros. Los grandes poetas populares que ha habido en el mundo, no se han rebajado hasta el vulgo, sino que han elevado al pueblo hasta sí.

Tambien proviene del modo vulgar de entender la poesía y del empeño de merecer una grande popularidad la teórica y la práctica de hacer útil la poesía, de ponerla al servicio de algo, de no comprender que como cosa perfecta tiene ella en si misma su fin, y de transformarla de noble en plebeya, de señora en criada. Vamos, dicen algunos poetas, á ser útiles; vamos á enseñar moral, religion, política, filosofia y hasta economía á nuestros conciudadanos; pero, como un hombre puede ser razonable poeta sin saber nada de esto ó sin saber más que lo que sabe el vulgo á quien

vole antiche, y Schiller, en su bellissima oda *Die Götter Griechenlands*, han defendido aún el paganismo clásico en poesía, á pesar del abate Gaume y de los románticos todos: pero quien ha hecho de él más brillante y sublime defensa ha sido Monti en su discurso poético *Sulla mitologia*.

se propone adocrinar, acontece á menudo que personas con bellisimas disposiciones para la poesía lastimosamente se pierden, viniendo á ser perversos autores de triviales y desmayadas homilias ó á caer en un gongorismo vulgar y de todo punto insufrible. Mientras que si buscasen la hermosura, que es el fin del arte, la hallarian tal vez, y al llegar á realizarla, se encontrarían con la bondad y con la verdad, que en ella hay, y se acercarian al punto en que la ciencia y la virtud coinciden con la poesía y son con ella una misma cosa. Por manera que, en cierto sentido, serian, á par que poetas, virtuosos sin saberlo, y sin quererlo sábios.

El último error de que voy á hablar, por ser el que los corona todos, y en el que todos se cifran, es el que me parece justo llamar error de anacronismo, el de aquellos que pretenden que nuestro siglo es prosáico, y buscan la poesía en los mal enteadidos sentimientos de otras edades; el de aquellos que creen que cierta clase de la sociedad tiene el pensamiento de ahora, pero que el vulgo piensa aún como en el siglo xii ó como en el siglo xvi, y para entenderse con él, tratan de sentir y de pensar segun imaginan que entonces se sentía y se pensaba. Nada más falso que este género, nada más lleno de artificio, de afectacion y de mentira; y sin embargo, es el que declaran algunos popular, castizo y espontáneo.

Es falso que nuestro siglo sea un siglo de prosa; más allá de todo lo descubierto y averiguado por la ciencia, halla la imaginacion una inmensidad desconocida por donde explayarse y volar; y sobre los intereses mun-

danos están siempre las pasiones nobles, las aspiraciones sublimes, y como digno objeto y término de ellas, una idea de lo infinito, un conocimiento de Dios, más altos y más acabados que nunca. Así, pues, ni por los pensamientos, ni por los sentimientos, hay razón para suponer que terminó la época de la poesía, que la poesía es propia de los siglos bárbaros, y que en las edades científicas y cultas prevalece la prosa. La poesía tiene y tendrá siempre un altar en el corazón de los hombres, y los adelantos de la civilización y su marcha, cualquiera que sea el camino que tome, no llegarán a destruirle.

Si, por desgracia, predominase el escepticismo entre los hombres, si acabase toda fe, y si por medio de la ciencia llegasen á ser clasificadas prosáicamente las cosas todas, y á perder en apariencia su misterioso encanto, siempre quedaria dentro de esas mismas cosas una sustancia ignorada, llena de oscuridad y de milagros, de la que sólo percibiríamos algunos accidentes por medio de los sentidos, y de cuyo ser sabríamos sólo lo que de aquellas percepciones pudiera deducir é idear el entendimiento con arreglo á sus leyes: siempre quedaria, detrás de esas cosas, cuyo modo y cuya forma comprenderíamos, una esencia oculta, que habria de ser como el encubierto significado de un incomunicable hieroglífico; y siempre quedaria alrededor y en el fondo de esas mismas cosas, que serian limitadas y finitas por mucho que se sumasen ó se multiplicasen, un infinito inexplorado y desconocido que habria de penetrarlas y de circunscribirlas, y por el cual la imagi-

nación tenderia su vuelo, poblándole de hermosos fantasmas. En cuanto á los sentimientos, aun despues de muertos todos los dioses, guardaria el alma humana dos que no pueden perecer en ella, *el de la libertad y el del amor* (1). Por fortuna, no sólo pensando católicamente y confiando en las promesas del mismo Dios, sino tambien pensando como filósofos, debemos tener por imposible que llegue esa edad descreida; porque la religion es esencial á la naturaleza humana, y no se puede borrar de ella. Por este lado, pues, no perecerá la poesía. Por el lado contrario, esto es, por un extremo de ciencia y de virtud que nos acercase inmediatamente á la belleza increada, sin necesidad de imágenes y de figuras, ojalá que la poesía llegase á su fin. ¿A qué manos podria morir mejor que á las del legítimo misticismo, que traeria á la tierra cierto perfume y sabor de la bienaventuranza celeste, y haria de cada sér humano un verdadero *gnóstico*, segun los Padres griegos le han concebido? Pero mientras no llegue esa edad dichosa, y acaso no llegue hasta la consumacion de los tiempos, la poesía será un medio de acercarse á lo eterno y á lo absoluto, por una de sus manifestaciones y por uno de sus resplandores, la hermosura: y el pue-

(1) Este pensamiento es de Lamartine, que, suponiendo que los dioses pasaron ya, añade:

. . . . *cherchez les dans la cendre de Rome!...*
Mais il reste à jamais au fond du cœur de l'homme
Deux sentimens divins, plus forts que le trépas:
L'Amour, la Liberté, dieux qui ne mourront pas!

blo amará siempre la poesía, y la poesía será siempre popular, sin necesidad de bajarse ni de retroceder á los tiempos pasados, antes elevándose y encaminándose á lo porvenir con fatídica inspiracion y no desmentido vaticinio.

Y resumiendo ahora, diré que el poeta, y en general todo escritor ha de ser castizo en la forma y ha de tener en sus sentimientos y en el modo de expresarlos cierto sello nacional y hasta individual que le distinga, pero ha de elevarse cuanto pueda, sin temor de dejar de ser popular por no ser comprendido, y no ha de aislarse por ser sólo de su nacion y de su raza, y por representar sólo su espíritu, sino que ha de comunicár con el espíritu de la humanidad toda, y no ha de quedarse atrás, embelesado y enamorado de las cosas que fuéron, sino que ha de seguir, con raptó impetuoso, al espíritu, en busca de un futuro ignorado, no echando de menos lo que ya pasó, ni creyéndolo superior á lo presente; porque el sol nos alumbra hoy con luz tan brillante, y porque *todas las obras incomprendibles y sublimes del Hacedor Supremo están hoy tan perfectas y tan hermosas como en el primer día* (1).

Así pues, conviene, como he dicho al empezar este discurso, contra los importadores de nuevas filosofías, guardar el carácter, el sentimiento y el lenguaje de la nacion; pero el espíritu no debe aislarse, sino entrar en comunión con los demás espíritus y ser uno solo con

(1) Ya se entiende que al decir estas palabras, que no son sino las que dicen en coro los tres arcángeles, delante del trono

ellos. «Porque, como dice el ya citado Fray Luis de Leon, se ha de entender que la perfeccion de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento, consiste en que cada una de ellas tenga en sí á todas las otras, y en que, siendo una, sea todas, cuanto le fuere posible. Porque en esto se acerca á Dios que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco á donde envían sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfeccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y para que extendiéndose y des-

del Señor, en el *Prólogo*, en el cielo del *Fausto*,

*Die unbegreiflich hohen Werke
Sind herrlich wie am ersten Tag,*

no nos hacemos cargo de la perturbacion que hubo en el universo con motivo de la primera culpa del hombre. Haciéndonos cargo de ella, podemos decir que el mundo ha ganado desde entonces, y que el hombre, condenado al trabajo, mejora y hermosea el mundo, como si aún durase el séptimo día de la creacion.

plegándose delante los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.»

He combatido en este discurso los dos errores más contrarios al deseo del profundo y elocuente escritor y del divino poeta, cuyas bellísimas palabras acabo de citar ahora: errores, que se oponen ambos á que haya unidad y variedad á la vez: porque la variedad está en la forma ó en el lenguaje, cuya limpieza y hermosura debe preservar de toda mancha esta Real Academia, y no las preservaría si modificásemos el lenguaje segun pretenden algunos; y porque la unidad está en el pensamiento, y desaparecería tambien, si nos aislásemos y apartásemos del trato intelectual con las otras naciones. La lengua, cuya custodia os está confiada, es como una copa esplendente y rica, donde caben, sin agrandarla ni modificarla, todos los raudales del saber y de la fantasía, por briosos y crecidos que vengan, y donde toman, al entrar, su forma y sus colores: pero esta copa no debe separarse tampoco, por miedo de que se rompa ó quebrante, de esos vivos, inexhaustos, benéficos y salubres raudales, que brotan con abundancia perenne del espíritu del mundo. El licor contenido en ella, no sería entonces como el vino generoso, que es tanto mejor cuanto más ráncio, sino como las aguas estancadas, que se alteran y al fin se vician.

He dicho, señores, lo que pienso y siento sobre uno de los asuntos de mayor importancia para esta Real Academia, y os doy las gracias por la atención indulgente con que me habeis oído. Sin lisonjearme de ha-

ber dicho nada nuevo, me lisonjeo de estar de acuerdo con vosotros en lo esencial de cuanto he dicho; por donde presumo que aprobareis mi sentir, aunque echeis de menos la claridad, el órden y la elegancia que al expresarle me han faltado.